

persona, estaba acampado audazmente á la cabeza de siete mil hombres y de una muchedumbre de paisanos y de frailes, sobre las orillas del Senio, y defendia el puente de Castel Boloñese con ocho piezas de cañon. El general Victor tomó posicion el 2 de febrero. Un parlamentario romano se presentó y amenazó, de parte de Su Eminencia, *hacer fuego si el ejército pasaba adelante*. Bonaparte tuvo la atencion de retardar la accion hasta el dia siguiente; pero durante la noche hizo atravesar el rio, á una legua mas arriba de la posicion, por la vanguardia mandada por el general Lannes, de manera que, por lamañana, el ejército pontifical despertó con la novedad, que le aturdió, de hallarse entre dos fuegos, y con la retirada, sobre Faenza, cortada. Los Franceses pasaron á viva fuerza y á paso de carga el puente del Senio; y, en menos de una hora, arrollaron enteramente las tropas romanas que echaron á correr por todas partes, habiendo perdido algunos centenares de hombres. Se cogió en el campo de batalla una porcion de frailes, de crucifijos y de puñales. Victor marchó sobre Faenza, cuyas puertas se vió precisado á romper, despues de varias inútiles intimaciones, las que

fueron contestadas con injurias y ultrajes. El general en gefe juntó en un jardin á todos los prisioneros, que se contemplaron perdidos, acordándose de las invectivas infames, con las que habian contestado á las intimaciones de Victor, y poniéndose de rodillas pedian perdón. Bonaparte no se hallaba dispuesto á usar de todo el derecho de la victoria con esta turba de soldados; les concedió la vida y la libertad, haciendo poca cuenta de semejantes prisioneros. Salvó igualmente la ciudad del saqueo que autorizaban las leyes de la guerra. Este rasgo no era sino un acto de la grandeza de su carácter, pero los vencidos, en quienes la pasion de la venganza era cosa natural, lo miraron como una generosidad extraordinaria de parte de un hombre á quien ellos y sus gefes se habian propuesto dar la muerte la mas cruel. Bonaparte, haciendo poco caso de la expresion de su gratitud, llamó á su presencia á todos los oficiales cuya mayor parte pertenecia á las primeras familias de Roma, les dió licencia para volver á sus hogares, y despues de haberles asegurado de su determinada resolucion de proteger á la Italia y al Santo Padre, los decidió á encargarse de pu-

blicar su proclama. Estos oficiales que, poco antes, eran enemigos encarnizados y ahora prisioneros muy inciertos de su suerte, se mudaron de repente en emisarios útiles. La metamorfosis fue pronta y completa, porque en esta clase ya no habia fanáticos en aquella época. A su vuelta, que admiró mucho á sus compatriotas, cumplieron fielmente con su palabra, esparcieron la fama del vencedor, y dispusieron los ánimos, poco belicosos en el fondo, á unos sentimientos pacíficos. Forli, Cesena, Pesaro, Rimini, Sinigaglia se apresuraron á adoptar la conversion predicada por estos misioneros de una nueva clase, y se dieron prisa en abrir sus puertas á los Franceses, como á unos libertadores. La conquista del Vendée del cardenal Busca, de la terrible Romaña, fue un mero paseo militar.

De Faenza, Victor marchó sobre Ancona, donde debia encontrar al general Colli. Este general habia podido conocer el valor de los Franceses en Cherasco y Mondovi, y sabia que ya no tenia soldados piamonteses bajo sus órdenes. Sin embargo, se situó con tres mil hombres sobre las alturas que defienden á la ciudad; fue todo cuanto pudo juntar; pero cuando

vió llegar las columnas de Victor, desapareció de repente con sus oficiales. El general frances intimó la rendicion á aquella tropa, y mientras tanto la hizo cercar. Los Romanos, no viendo ya al gefe invencible enviado por el Austria, rindieron las armas sin disparar un tiro. Victor se apoderó el 9 del mismo mes de la ciudadela, donde halló ciento y veinte cañones, una armería bien provista y cinco mil fusiles que el Emperador acababa de enviar al Santo Padre. El dia siguiente, Victor ocupó á Loreto, famosa por la casa santa traída por los ángeles. Pero el Vaticano habia mandado prudentemente quitar el tesoro de esta iglesia, enriquecida desde tantos siglos por las liberalidades del mundo cristiano, y habia dejado la Vírgen de los Milagros, aquella á quien pertenecian los tesoros y la Casa Santa, sin duda, porque no era sino una pobre estatua de madera.

Bonaparte, con esta ocasion, quiso entrar, con respecto al Directorio, en el espíritu de la corte de Roma; y le envió á Paris la Vírgen de madera. Lo hizo como recriminacion picante, relativa á una instruccion muy singular que habia recibido con fecha del 12 de abril de 1796, antes de las operaciones contra el

Piamonte. He aquí esta instruccion: « Génova
 » no puede distar de Loreto mas de cuarenta
 » leguas. ¿No seria posible apoderarse de la
 » *Casa Santa* y de los tesoros amontonados
 » por la supersticion de quince siglos á esta
 » parte? Se valuan en diez millones de libras
 » esterlinas. Diez mil hombres enviados *en se-*
 » *creto* y diestramente conducidos, llevarian
 » al cabo esta empresa con la mayor facilidad.
 » El camino no es directo y es menester pasar
 » por el Apenino. Sin embargo, con audacia,
 » no en la ejecucion, que necesita poco ó nada
 » de este medio, sino en el proyecto, hariais
 » una operacion de hacienda la mas admi-
 » rable, y que solo puede perjudicar á al-
 » gunos frailes. Diez mil hombres bastan
 » para esta empresa. Su marcha, *ignorada*,
 » afianza el feliz éxito, *y en caso necesario el*
 » *ejército puede auxiliarlos.* » No hay una pa-
 labra en este documento que no sea un ab-
 surdo. El Directorio codiciaba, con tanta fran-
 queza y con tanto ardor, los despojos sagra-
 dos de la Virgen de Loreto, que, en su impa-
 ciencia, no habia advertido cuanto era inopor-
 tuno proponer al general en gefe una expedi-
 cion en el centro de la Italia, y el sacrificio

de la tercera parte del ejército, cuando toda-
 vía se hallaba por la parte de acá de las fronte-
 ras del Piamonte. La codicia fiscal del Direc-
 torio fue burlada igualmente, diez meses mas
 tarde, á pesar de la posesion de la Península
 asegurada por la toma de Mántua, y tuvo que
 contentarse con la estatua de madera en de-
 fecto de los tesoros de la Casa Santa.

En medio de estos episodios de la guerra
 pontifical, Bonaparte seguia siempre progre-
 sando en su conquista moral sobre los pueblos
 de la Italia y sobre la opinion de la Europa.
 Su generosidad, llena de prevision, sirvió ma-
 ravillosamente para su política. Un gran número
 de eclesiásticos franceses emigradosse hallaron
 de repente cogidos por la ocupacion de la Ro-
 maña, y el clero y los frailes, cansados ya de la
 hospitalidad que les concedian, se aprovecharon
 de la victoria republicana para despedir-
 los. Bonaparte lleno de indignacion por esta
 crueldad, de la que estaba muy lejos de haber
 dado el ejemplo á los vencidos, invitó alta-
 mente por una proclama á los obispos y á los
 superiores eclesiásticos á que diesen asilo á es-
 tos pobres sacerdotes, y tuvo la feliz idea de co-
 locarlos bajo el amparo de sus tropas. Esta cir-

cunstancia ocasionó escenas muy tiernas; varios soldados reconocieron los curas de sus aldeas. Este era el modo con que Bonaparte, dueño de Mántua, cuatro veces vencedor de los Austriacos, y fundador de varios Estados en Italia, contestaba á las excomuniones y á los planes de asesinato con que el Vaticano amenazaba á nuestros ejércitos y á su general.

Entretanto la vuelta de los prisioneros de Faenza habia consternado á la corte del Sumo Pontífice. El partido de la libertad, comprimido en Roma desde el asesinato de Duphot y de Basseville, volvió á levantarse de repente. En fin la toma de Ancona y de la inexpugnable Mántua, habian helado de golpe los consejos pontificales, y el mismo Pio VI se halló tan avergonzado de su conducta, que, á pesar de las seguridades proclamadas por el general frances, que el Papa conservaria la suya en la ciudad eterna, fuesen cuales fueren los acontecimientos, tomó la resolucion de buscar un refugio en Nápoles. Pero Bonaparte habiéndole hecho proponer enviar plenipotenciarios á su cuartel general de Tolentino, el Santo Padre se quedó en el Vaticano. Entonces la sierpe de la política ultramontana se replegó

sobresí misma, y el Sumo Pontífice, tomando consejo de su propia desgracia, escribió á Bonaparte:

« CARO HIJO ,

» SALUD Y BENDICION APOSTOLICA :

« Deseando cortar amigablemente nuestras
» desavenencias actuales con la República
» francesa, por la retirada de las tropas que
» mandais, os enviamos y diputamos como
» plenipotenciarios nuestros á dos eclesiásticos,
» el cardenal Mattei, quien os está perfectamente
» conocido, y monseñor Galeppi, y
» á dos seglares, el duque don Luis Braschi,
» nuestro sobrino, y el marques Massimi, los
» cuales se hallan autorizados con nuestros
» plenos poderes, para concertar con vos, prometer y suscribir las condiciones justas y razonables que esperamos obtener. Nos obligamos, *bajo nuestra fe y palabra*, á aprobarlas y ratificarlas en forma especial, con el fin de que sean válidas é inviolables en todo tiempo. Convencido de los sentimientos benévolos que habeis manifestado, nos hemos decidido á no salir de Roma; vereis con esto, cuan grande es nuestra confianza en vos.

» Damos fin á este pliego asegurándoos de
 » nuestra mayor estimacion, y dándoos la pa-
 » ternal bendicion apostólica.

» Dado en San Pedro de Roma el 12 de fe-
 brero de 1797, año 22 de nuestro pontificado.

» *Firmado*, Pío VI. »

El estilo de esta carta era algo diferente del de la arenga publicada pocos dias antes; pero ya no habia Austria para el Vaticano.

El general Bonaparte contestó el 19 del mismo mes, dia de la conclusion del tratado de Tolentino.

Cuartel general de Tolentino, 1º ventose, año V.

« Beatísimo Padre, tengo que dar gracias á
 » Vuestra Santidad, por las expresiones de aten-
 » cion contenidas en la carta que se ha to-
 » mado el trabajo de escribirme. La paz en-
 » tre la república francesa y Vuestra Santidad
 » acaba de firmarse. Me doy la enhorabuena
 » de haber podido contribuir á asegurar su
 » tranquilidad particular. Convido á Vuestra
 » Santidad á que desconfie de las personas
 » que se hallan en Roma, vendidas á las cortes
 » enemigas de la Francia, ó que se dejan guiar

» por personas llenas de ódio que acarrear la
 » pérdida de los Estados. Toda la Europa co-
 » noce las inclinaciones pacíficas y las virtudes
 » conciliatorias de Vuestra Santidad. Tengo la
 » esperanza que la República francesa será una
 » de las amigas mas verdaderas de Roma. Envio
 » á mi edecan gefe de brigada (Murat), para
 » expresar á Vuestra Santidad la estimacion y
 » la veneracion perfecta que profeso para su
 » persona, y ruego á Vuestra Santidad crea
 » al deseo que tengo de darle en todas oca-
 » siones, pruebas del respeto y de la venera-
 » cion con los que tengo el honor de ser

» Su mas obediente servidor,

» BONAPARTE. »

Napoleon dice en sus Memorias que el Directorio queria dar fin al reinado temporal del Papa. En cuanto á él, habia tenido en aquel tiempo la misma idea; pero por una combinacion del todo política. Antes de salir de Bolognia, el 1º de febrero, para ir á Imola, escribió al Directorio: « ¿No seria posible, si llegamos
 » hasta Roma, reunir los Estados de Módena,
 » de Ferrara, y la Romaña, y formar una re-
 » pública que seria bastante poderosa? ¿No

» se podría dar Roma á la España , con la con-
 » dicion que saldria garante de la indepen-
 » dencia de la nueva república? *Entonces po-*
 » *driamos devolver al Emperador, el Milanes,*
 » *el Mantuano y el ducado de Parma,* en caso
 » de tener que pasar por este camino, con el fin
 » de acelerar la paz que nos hace tanta falta.
 » El Emperador no perderia nada , la España
 » ganaria mucho, y nosotros todavía mas;
 » tendríamos en Italia un aliado natural que
 » se haria poderoso, y con quien podríamos
 » tener correspondencia por Massa-Carrara,
 » y por el Adriático. »

Es de creer que la paz con el Austria urgía mucho, á pesar de los triunfos de la Italia, cuando el mismo Bonaparte proponia al Directorio la restitucion de su conquista la mas hermosa, del ducado de Milan, del ducado de Mantua, y la cesion del ducado de Parma. Esta urgencia explica porque y como se halló conducido á concluir, dos meses mas tarde, el armisticio de Leoben y la paz de Campo-Formio, contra la voluntad del Directorio, cuando estábamos sobre el camino de Viena, despues de haber destruido el cuarto ejército austriaco, mandado por la persona de mas alta gerar-

quía y el primer capitán de Austria, el archiduque Carlos.

El 23 de febrero, Pio VI ratificó el tratado de Tolentino que se dividia en dos partes; política y hacienda. La primera estipulaba el abandono de los derechos del Santo Padre sobre Aviñon y el condado Venesano, la cesion de las legaciones de Bolonia, de Ferrara y de la Romaña, de la ciudad, de la ciudadela y del territorio de Ancona, y la libertad de todos los individuos detenidos por opiniones políticas. La segunda parte, que trataba puntos de hacienda, estipulaba el pago de los diez y seis millones que quedaban por pagar para el armisticio de Bolonia, y quince millones mas para la paz actual. Un artículo separado obligaba al Papa á que hiciese desmentir en Paris el asesinato de Basseville por un enviado extraordinario, y á pagar una cantidad de 300,000 francos á la familia de este desgraciado. Bonaparte, en vez de ir á Roma, en donde hubiera parecido que queria triunfar del Papa, se fue á Mantua donde no habia querido triunfar de Wurmser.

Así Bonaparte, incansable, impetuoso en la guerra, luego que vence, da sobre el campo

de batalla la paz á las conquistas. Se proclama protector de los pueblos. Concede la libertad á los prisioneros y la independencia á las provincias. No tiene ambicion para sí ni para su patria. Une á la República amigos y naciones libres. Genoroso en la edad en que la gloria de las armas es una pasion, ahorra la humillacion á las canas de Wurmser y del Sumo Pontífice, y émulo de César, por el genio de la guerra, es tambien émulo de Cipion por su moderacion en la victoria. Con todo, como lo he dicho, faltará á su vida el no haber visto la ciudad eterna. ¿Quién sabe lo que hubiera producido sobre un alma, entonces del todo republicana, la magestad de la ciudad de Numa? ¿Y cual hubiera sido el efecto de este importante recuerdo, cuando, por una gran revolucion de la fortuna, Roma vinó á ser la segunda capital del negociador de Tolentino, ascendido al trono?



CAPITULO IX.

CAMPANA DE ITALIA.—SEXTA ÉPOCA.

ARMISTICIO DE LEOBEN.—GENERALES EN JEFE: BONAPARTE,
EL ARCHIDUQUE CARLOS.

(Desde 1º de marzo hasta 18 de abril de 1797.)

En menos de doce meses, Bonaparte reunió á la Francia una parte del Piamonte, fundó dos repúblicas en la Lombardía, conquistó toda la Italia desde el Tirol hasta el Tibre, y aseguró tanta gloria con tratados con los soberanos de Cerdeña, de Génova, de Parma, de Toscana, de Nápoles y de Roma. La isla de Córcega habia vuelto á ser nuestra. El ilustre guerrero y el gran político obraban juntos y no debian ya separarse. Toda la Francia miraba á Bonaparte y no miraba sino á él. El Directorio empezaba á considerarse solo como intermedio entre la nacion y su héroe, y obe-